

VIDA DE UN ARQUEÓLOGO, PETROGLIFOS Y SANTUARIOS DE ALTA MONTANA: ENTREVISTA CON EL DR. JUAN S. SCHOBINGER

“... no se puede aspirar a comprender la historia de una ciencia sin comprender a las personas involucradas”

(O'Brien, Lyman y Schiffer 2006, nuestra traducción)

*Ramiro Barberena**

La historia de la disciplina antropológica en Argentina es un campo de enorme interés que ha atraído la atención de numerosos investigadores a lo largo de las últimas décadas (Fernández 1982; González 1985; Borrero 1995; Farro *et al.* 1999; Kohl y Pérez Gollán 2002; Perazzi 2003; Politis 2003; Podgorny 2004; Podestá 2007; entre muchos otros). Los trabajos dirigidos a este tema enfocan diferentes segmentos temporales o dimensiones de este complejo proceso histórico y se articulan desde perspectivas teóricas diversas. Inclusive, muchos de los mismos se han generado desde diferentes disciplinas dentro del campo de la antropología. Por éstos y otros motivos las visiones que surgen de los trabajos de revisión histórica tienen el potencial de complementarse y, por que no también, de contrastarse entre sí. Ésta es una de las formas mediante las cuales se puede aspirar a generar una visión más compleja de ciertos aspectos históricos.

Las fuentes de las cuales se alimentan los trabajos históricos de este tipo son numerosas y diversas, y actúan como importantes condicionantes del tipo de información obtenida. Nuevamente, esto puede marcar un cierto nivel de complementariedad de las mismas. El epígrafe de O'Brien y coautores (2006) aquí citado constituye, desde nuestro punto de vista, una declaración de principios que resalta la importancia de la acción de los individuos sobre el desarrollo histórico de una comunidad académica determinada. En este contexto de análisis hay ciertos tipos de datos históricos que adquieren particular relevancia.

Si son enfocadas como un tipo específico de documento, las entrevistas constituyen una herramienta de gran interés para acceder a ciertos aspectos históricos, lógicamente mediadas por un acercamiento a la historia de vida y circunstancias de un individuo. Como tal, las entrevistas han sido ampliamente utilizadas en trabajos dirigidos a reconstruir la historia de la arqueología en Argentina y en otros lugares del mundo (Renfrew 1987; Bradley 1993; Anónimo 1996-1998; Bianciotti 2005; Nastri 2005; Scheinsohn y Horwitz 1995; Scheinsohn 1998-1999, 2007-2008;

* CONICET-IMHICIHU-DIPA. Saavedra 15, 5to (1830), Capital Federal, Argentina.
E-mail: ramidus28@gmail.com

entre otros). Aquí presentamos el resultado de una entrevista realizada al Dr. Juan S. Schobinger el día 10 de julio de 2008 en la ciudad de Mendoza.

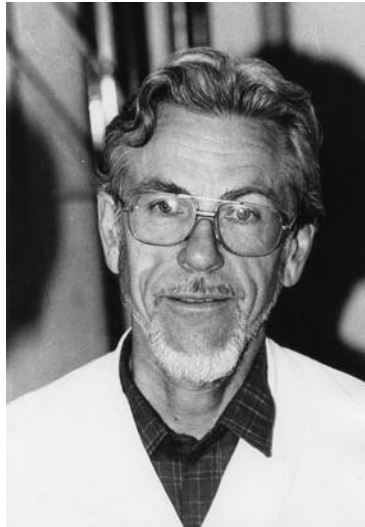


Figura 1. Juan Schobinger durante los trabajos de laboratorio con la momia del Cerro Aconcagua (1986).

Juan S. Schobinger (de aquí en más J.S.) es uno de los Socios Honorarios de la Sociedad Argentina de Antropología, por lo cual esta entrevista puede ser vista como una forma de homenaje a su trayectoria docente y académica. Esta trayectoria comienza durante la década de 1950, período en el cual Schobinger finaliza sus estudios de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires¹ y se traslada a la ciudad de Mendoza, desde donde desarrolla sus actividades hasta la actualidad. A lo largo de su carrera este investigador dio un gran impulso a los estudios de arte rupestre y tuvo un rol pionero en la arqueología de santuarios de alta montaña en distintas regiones de la cordillera de los Andes. Mediante ambas líneas de trabajo contribuyó a introducir a la religión y el chamanismo como importantes factores de análisis en arqueología. La publicación en sus dos ediciones del libro de síntesis *Prehistoria de Suramérica* (Schobinger 1969, reeditado en 1988) es un hito fundamental para el estudio del poblamiento humano de América del Sur. Cabe destacar el enorme esfuerzo de síntesis realizado que llevó a la publicación de una de las primeras obras exhaustivas sobre la arqueología temprana de Sudamérica, que fue un trabajo de consulta durante varias décadas.

Estos y otros aportes a la arqueología argentina fueron retomados luego por numerosos investigadores y actualmente forman una parte importante del desarrollo de nuestra disciplina. Señalamos, por último, que no se realiza aquí una presentación exhaustiva de su trayectoria ni de las circunstancias en las cuales la misma tuvo lugar², sino que nos interesa compartir su visión personal de ciertos aspectos de una historia de la cual forma una parte activa.

¹ Buchbinder (1997, 2005:144-190) y Visacovsky *et al.* (1997) presentan interesantes análisis sobre este contexto histórico académico y político.

² Puede consultarse Lagiglia (2004-2005) para ciertos detalles históricos y una lista de publicaciones de J.S.

**ENTREVISTA AL DR. JUAN S. SCHOBINGER
(MENDOZA, 10 DE JULIO DE 2008)**

R.B.: *Me interesa empezar preguntándole sobre algunos temas que en general son desconocidos a nivel académico, remontándonos inclusive a los momentos previos a estudiar arqueología.*

J.S.: O sea, remontarse a mis reencarnaciones anteriores!

R.B.: *¡Exactamente! Me interesa en particular como se fue dando el acercamiento a la arqueología, y si hubo alguna influencia en particular de personas cercanas que hayan resultado importantes en este proceso.*

J.S.: Mi interés inicial en la arqueología surgió en el colegio secundario, en las clases de Historia del Antiguo Oriente, realmente con respecto a la prehistoria era poco o nada lo que se veía. Por lo tanto mi interés inicial se vinculaba a Egipto, la Mesopotamia, los hebreos y temas semejantes. En realidad no hubo una influencia de mis padres. Les interesaban estos temas aunque no en una forma profesional. Mi padre trabajaba en una empresa de comercio. Ellos eran suizos, me trajeron de Suiza a los tres años de edad y luego me nacionalicé.

Recuerdo que llegado un momento dado me dije: no me interesa estudiar ni medicina, ni abogacía, ni ninguna de esas carreras tradicionales; me interesan las ciencias históricas y en particular la arqueología. Por suerte, las resistencias familiares no fueron muy fuertes, ya que a veces suelen serlo, sobre todo en relación a las carreras en las que uno “se va a morir de hambre”. Así fue que estudié la carrera de Historia en Filosofía y Letras, en Buenos Aires. En segundo año de la carrera, en el año 1948, me tocaron las materias de Arqueología y Antropología, en un plan de estudios que aún es similar en la Universidad Nacional de Cuyo, aquí en Mendoza. O sea, una carrera de Historia que incluye en algún momento este tipo de materias antropológicas.

R.B.: *¿Cuál era el contenido de temas de la carrera en Buenos Aires?*

J.S.: Como decía, cursé esas dos materias que se daban en el aula del Museo Etnográfico. Teníamos a Imbelloni para Antropología, de quien algo ya había leído y recuerdo que me gustaba mucho la forma en que escribía. Había leído su *Libro de las Atlántidas*, tema que me fascinaba. Otros aspectos dejémoslos de lado, ya que como se sabe él era filofascista, pero yo creo que más allá de esto era realmente un antropólogo muy completo, porque abarcaba tanto temas de antropología física y craneología, como todos esos trabajos sobre las religiones de América y los mitos de la creación del mundo y del hombre que eran muy interesantes. Esta materia de Antropología tenía dos partes, Antropología Biológica o Física y Antropología Cultural. Y por otra parte estaba el Dr. Eduardo Casanova para Arqueología, que era un señor muy ordenado, muy claro y didáctico. El había hecho sobre todo trabajos en la Quebrada de Humahuaca, que era su especialidad. Tuvimos la suerte de que cuando terminó el curso consiguió unos pesos para que fuéramos en enero en un tren hasta Jujuy y luego en otro tren hasta Tilcara, para conocer sitios parando allí en Tilcara. Recuerdo que Casanova tenía inclusive una casa allí en Tilcara. Cursando esta materia me di cuenta de que la arqueología americana también es interesante y que además si uno quería dedicarse a la investigación en antropología había que profundizar en lo americano.

R.B.: *¿Recuerda a otros investigadores que hayan sido importantes en este período?*

J.S.: En este contexto fue que apareció un personaje con el cual finalmente tuve una buena relación, que era el Dr. Osvaldo Menghin, que llegó a Buenos Aires cuando yo estaba cursando. Recuerdo

que él había escrito un libraco en alemán [*Weltgeschichte der Steinzeit*, Historia Universal de la Edad de Piedra, 1931]. En ese tiempo yo leía alemán e incluso ahora lo hablo ya que de chico, cuando vivía en Rosario, mis padres me mandaron varios años de la primaria a una escuela alemana, hasta que la situación con los Nazis se hizo bastante fea y me sacaron. Entonces cuando estaba por terminar la carrera yo hablo con Menghin y le digo “*profesor, a mi me gustaría dedicarme a los temas de la Prehistoria*”. El estaba chocho porque aunque ya hablaba castellano, también le gustaba poder hablar en alemán, y además vivía cerca de mi casa en Martínez, a unas ocho o diez cuadras, donde yo vivía antes de casarme. A todo esto él me respondió que sí, que inclusive ya había otras personas que se habían acercado a él, entre quienes estaba Alberto Rex González, quien ya había estado en Estados Unidos. Igualmente se acercó a él y lo llevó a Córdoba y allí fue cuando hicieron sus estudios sobre Ayampitín y Ongamira. En ese momento que corresponde al año 1951 o 1952 todavía se llevaban bien, aunque después las cosas cambiaron, en tiempos en que empezó a tomar fuerza el movimiento de izquierda. Creo que después González empezó a pensar que “*éste en realidad es un conservador catolicón*”, algo que obviamente estoy reconstruyendo en forma coloquial. En conclusión el hecho es que después cada uno siguió su camino, ya que no hubo peleas en ese momento.

Luego surgió el asunto de la presunta asociación de Menghin con el nazismo, lo cual no es así. Él renuncia el mismo día que los alemanes entraron en Austria en conjunto con otros correligionarios de su mismo partido, algo que me corroboró su hija, la Dra. Schwarz. Es verdad que fue por poco tiempo ministro de Educación de un gabinete que, si bien era legal, ya fue preparando las cosas



Figura 2. Reunión sobre “Situación actual de las investigaciones en Patagonia” (Madrid, 1984). De izquierda a derecha: Omar Ortiz-Troncoso, Carlos Aschero, Carlos Gradín, Anette Aguerre, Liliana Schickendantz (esposa de J.S.), J.S. y Mauricio Massone.

para el nazismo, pero él entró de buena fe, como miembro del partido Católico. O sea que era un conservador, lo cual no es ningún pecado, ya que cada uno puede tener sus ideas. El sí permaneció en su cátedra y siguió publicando la revista prehistórica austríaca. Como anécdota puedo agregar que nunca hablábamos de política (ni de religión), sólo una vez le oí decir con vehemencia que aquel paso fue un enorme error, y que la política era una “*Schweinerei*” (chanchada)...

A nivel académico Menghin tenía en realidad una gran diferencia con respecto a otros arqueólogos, ya que tenía una visión universal. Para él la Prehistoria [con mayúsculas] era la gran

etapa básica de la humanidad, por lo que tenía un interés principal con las culturas cazadoras y por eso es que, aunque fue alguna vez al Noroeste, empezó luego a ir a la Patagonia. Están esos artículos breves que publicó en los años 50, que incluían la mención del Toldense, que descubrió él y en lo cual fue acertado, en los cuales toca también los temas de cronologías que estudió en relación con los ciclos climáticos.

El mismo Marcelo Bórmida estaba también en ese tiempo recién llegado de Italia. Empezó como ayudante de Imbelloni y estaba en los trabajos prácticos con un aparatito con el que nos hacía dibujar los cráneos. El era un antropólogo físico, aunque también hizo algunos trabajos de antropología cultural y de arqueología muy interesantes sobre la provincia de Buenos Aires y Uruguay. Otro investigador de aquellos tiempos que apareció algo después es Carlos Gradin, aproximadamente en los años 1962 o 1963. Mientras tanto Menghin había conseguido el apoyo de un mecenas y empezó a publicar la revista llamada *Acta Praehistorica*, que es muy buena, con sus resúmenes en castellano y alemán respectivamente. Y ahí es donde en el tomo V-VII aparecen por primera vez los artículos de “un tal Gradin”.

R.B.: *¿Qué recuerda de estos primeros tiempos con Gradin?*

J.S.: Gradin también se acercó a Menghin, quien tenía una oficina en el Museo Etnográfico, y le dijo que él había andado mucho por la Patagonia como topógrafo y que había realizado algunos relevamientos arqueológicos. A esto Menghin le respondió “*tráigalos, que se los publico*”. Más aún, y esto lo cuento a modo de anécdota, Menghin alguna vez comentó que “*Gradin es el único que me ha traído artículos que se podían publicar tal como estaban, no había que estarlos revisando, etc.*” A Carlos Gradin yo lo conocí en una famosa reunión que se hizo en el año 1964 en Villa Carlos Paz, llamada “Primera Convención Nacional de Antropología”. Y Gradin, quien ya se había contactado con Menghin para ese momento, se dedicó a seguir relevando sitios con arte rupestre, en particular en el río Pinturas. En ese tiempo, cuando se funda el CONICET, Menghin estaba en la comisión asesora, y logra proponerlo para que ingrese en la carrera de Técnico, ya que él no tenía un título universitario. Gradin tiene un mérito muy interesante ya que en un momento dado, en que estaba con el grado de profesional principal en la carrera de técnico, la Junta que sigue a la comisión asesora empezó a evaluar sus méritos y planteó “*¿Cómo es posible que esta persona quede como técnico? En realidad es un investigador formado*”. O sea que él fue promo-



Figura 3. Marta Ruiz, Rafael Goñi, Jorge Fernández y J.S. en cueva Huenul (Neuquén, 1978).

vido por gente de otros ámbitos que analizó su situación y no por nuestros queridos colegas, que en algunos casos suelen tener cierta estrechez de miras o celos profesionales.

Dicho sea de paso, me unía una gran amistad con Gradin, como así también con Jorge Fernández. Hace no mucho tuve que resignarme a que, con tres meses de diferencia, ambos partieron en el *Gran Viaje*.

R.B.: *Desde un punto de vista histórico me interesa preguntarle cuál es su visión sobre el impacto de Menghin al llegar aquí y empezar a trabajar en arqueología americana.*

J.S.: El empezó trabajando con un pequeño contrato que le consiguió Imbelloni para investigar en el Museo Etnográfico. Dijo que en Argentina había que empezar por ver todo lo que han hecho otros en forma crítica, estudiar todas las polémicas Ameghinianas y anti-Ameghinianas y a partir de eso seguir, y eso fue lo que hizo. Esto quedó volcado en un libro de síntesis publicado en Alemania en 1957 [*Abriss der Vorgeschichte*] sobre la prehistoria de América. Este capítulo lo escribió en 1955, por lo cual ya pudo acceder a los primeros fechados radiocarbónicos. Al dedicarse a la arqueología de la Patagonia él pudo sentar algunas bases, afirmando que efectivamente había algunas culturas antiguas de cazadores y produciendo su primera clasificación de los estilos del arte rupestre sobre la base de las diferencias temáticas y estilísticas, las superposiciones y la asociación con contextos culturales. En ese sentido yo creo que su influencia fue realmente importante y positiva [ver Schobinger 1958-1959, 1972-1973].

También en este tiempo o quizás algo antes se vincula con Augusto Cardich, que era Ingeniero Agrónomo y procedía de una familia que era poseedora de grandes campos en la zona montañosa de Perú, que incluían las lagunas de Lauricocha con las famosas cuevas. Menghin lo asesora para realizar sus sondeos en las cuevas de Lauricocha, cuyos resultados se publican precisamente en tomos especiales de *Acta Praehistorica*. Luego Cardich fue contratado como profesor en el Museo de La Plata donde aún está. Volviendo al caso de Menghin, a partir del año 1970 empezó a decaer, se enfermó de culebrilla lo cual lo afectó bastante y finalmente quedó viviendo con su hija en Chivilcoy.

R.B.: *Leyendo sus trabajos de la época un concepto que aparece repetidamente y que me parece muy interesante es el de 'Humanismo Antropológico'. Me gustaría que me cuente sobre su significado.*

J.S.: Me refiero por primera vez a ese concepto en un libro que fue publicado en México, que incluye semblanzas de personajes importantes de la disciplina, cada uno de los cuales desarrolla una especialidad aunque adquiere una proyección más amplia [Schobinger 1976]. Uno de ellos es Pedro Bosch-Gimpera, quien residía en México desde hacía muchos años; otro era Fritz Krüger, un lingüista alemán que vivía en Mendoza, que vinculaba el estudio de las lenguas con los estudios culturales generales. Un personaje importante en esta historia que aparece en este momento, y del cual luego me hice amigo, es el Dr. Juan Adolfo Vázquez. El era egresado de La Plata como profesor de Filosofía y estaba en el círculo de Francisco Romero; ellos tenían importantes proyecciones hacia la Antropología Filosófica. Vázquez siempre decía que un filósofo no puede desconocer las investigaciones antropológicas de los últimos 150 años, y que había que llegar a un nuevo Humanismo Antropológico que supere al viejo humanismo de los siglos XV y XVI, que estaba basado exclusivamente en la referencia a la filosofía y al arte de Grecia y Roma, que era en cierta forma idealizada [ver Vázquez 2003]. Ahora sabemos que al mismo tiempo, y tanto hoy como hace más de 3000 años, hubo otras grandes civilizaciones, todas con su gran tradición espiritual, y eso no se puede desconocer. Esto quedó como una especie de desiderátum, ya que uno no puede estudiar todo, pero siguió marcando una orientación.

Volviendo a Vázquez, él estuvo como profesor en la Universidad de Tucumán unos quince

años, luego de lo cual pasó a la Universidad Nacional de Cuyo, donde estuvo contratado entre 1958 y 1966. En una oportunidad pidió una licencia especial para ir Chicago para asistir a clases y colaborar con Mircea Eliade, representante de la moderna historia de las religiones. Vázquez era realmente un gran erudito que desarrollaba esta orientación del Humanismo Antropológico que a mí me gustaba mucho. El propugna una Filosofía Antropológica como algo que no es lo mismo que la Antropología Filosófica, que es cultivada por los filósofos y se basa en conceptos teóricos sobre el hombre retomando a Hegel, Platón y muchos otros. Ellos estarían según Vázquez en la línea estrecha del Humanismo tradicional, sin abarcar en profundidad a las demás civilizaciones o culturas. En cambio la Filosofía Antropológica defiende una visión universalista que busca captar los aspectos fundamentales de las grandes tradiciones espirituales, actuales y pasadas, y aún las prehistóricas, en la medida en que la prehistoria puede ofrecer esta información. Y ahí es donde se ubica para mí el interés por el estudio del arte rupestre. Todo esto fue conformando una especie de cosmovisión que deberían cultivar más nuestros colegas los arqueólogos, que en su mayoría están sólo en lo tecnológico, en las relaciones entre el hombre y el ambiente, la cronología y las fases climáticas. Todo esto es muy importante y hay que hacerlo, pero me parece que no agota nuestro trabajo.

R.B.: *Entonces el arte rupestre sería como una vía de entrada al tratamiento de estos temas, entre ellos las creencias y prácticas religiosas.*

J.S.: Exactamente. Es prácticamente el único indicio de lo que va más allá del ámbito de lo económico y lo tecnológico y que puede llevarnos hacia los temas religiosos, en los cuales se engancha algo que estoy estudiando actualmente que es el tema del chamanismo. Yo creo que para el noroeste argentino hay tantos sitios, motivos y personajes con cabezas, aureolas y figuras, aparentemente chamanes, acompañados por aves y serpientes que, verdaderamente pienso que ahí hay algo de eso. Creo que ésta es una buena hipótesis, que también está tratando la Dra. Ana María Llamazares. Actualmente uno trata de concentrarse en estos temas precisamente; sobre todo llegando a una cierta edad es cuando dejamos el tema de las excavaciones estratigráficas al

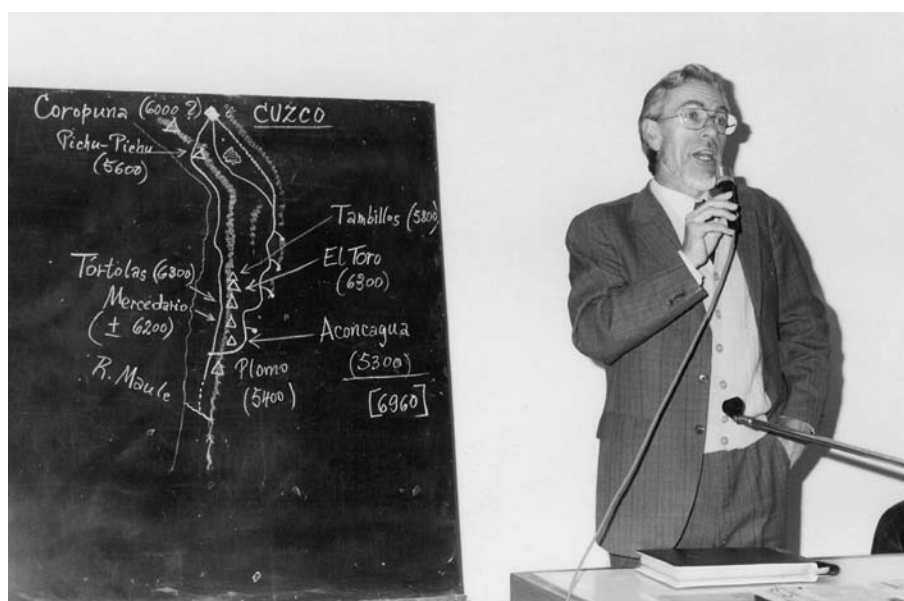


Figura 4. J.S. en el VIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Concordia, 1985).

milímetro a los jóvenes. En este sentido a mi me interesa profundizar en aquella parte tradicionalmente llamada la vida espiritual.

Sé que actualmente hay en Buenos Aires un curso de Antropología Simbólica que anteriormente daba Cordeu y que ahora está a cargo de Pablo Wright. Por ese lado sí hay una aproximación, aunque ellos lo hacen a nivel etnográfico o antropológico, sin entrar creo yo en los aspectos arqueológicos.

R.B.: *En esta ida y vuelta que hacemos a lo largo de la historia me interesa volver un poco hacia atrás, al año 1953, y preguntarle como surgió la posibilidad de desarrollar su tesis doctoral en arqueología de la provincia de Neuquén [ver Schobinger 1954].*

J.S.: Cuando me faltaban una o dos materias para terminar la carrera, hablo con Menghin sabiendo que él estaba dedicado a la Patagonia y le digo que me gustaría no demorarme mucho en hacer mi tesis, que quizás podía hacer algo en coordinación con él. Entonces él me sugirió: por qué no toma el extremo noroeste de la Patagonia, Neuquén en particular, que hasta ahora no ha sido objeto de estudios sistemáticos, “*vea todo lo que hay ahí y haga su tesis sobre eso*”. Como él era profesor contratado no podía ser mi director, aunque sí pudo ser incluido dentro de las cinco personas que formaban el jurado. Mi director teórico fue el Dr. Casanova, aunque en la práctica fue Menghin. Los demás miembros del jurado eran Federico Daus, un geógrafo muy serio que fue decano de la facultad, Casanova, Imbelloni y un quinto que en este momento no recuerdo. ¡Y afortunadamente me pusieron una muy buena nota!

En forma previa a todo esto habíamos realizado un viaje al sector central de la Patagonia, a principios de 1953. Él ya me había dicho que me dedique a Neuquén aunque también me dijo “*lea el libro de la Weltgeschichte der Steinzeit*”, que me llevó dos meses. Entonces sí, nos juntamos en Colonia Sarmiento y desde allí fuimos a un lugarejo con tres ranchos que creo que ya no existe, que se llamaba Las Pulgas, donde hay un abrigo muy lindo que se llamaba “de las manos pintadas”. Allí lo acompañé haciendo dibujitos y un par de fotos, una de las cuales es histórica ya que se trata de una mano en negativo asociada a signos geométricos que años después, cuando fueron Gradín y Aschero, ya estaban rotos. Es allí que fui tomando un poco de práctica para ir entendiendo de qué se trataba el famoso arte rupestre. Luego de ese viaje Menghin queda ahí y yo me voy hacia Bariloche, desde donde hago un recorrido de sur a norte averiguando donde hay materiales o colecciones y con la suerte que me indicaron un par de sitios con arte rupestre, el más importante de los cuales es el Colo Michi Co, en la Cordillera del Viento [ver narración de este viaje en Schobinger 1959]. Quien me dio este dato fue el famoso Gregorio Álvarez, un médico de Neuquén que se dedicó a recopilar toda la información posible, ya sea folklórica o de otro tipo. A él lo encuentro en un pequeño pueblito que se llama Tricao Malal, donde me dice “*Tiene que ir al Colo Michi Co. ¡Vaya ya! Yo le consigo un baqueano, usted cruce la Cordillera del Viento y vaya a verlo*”. Esa fue una experiencia muy buena porque estábamos al este de la Cordillera del Viento, por lo cual teníamos que subir en busca de un paso y después bajar por la ladera occidental, donde hay cientos de rocas con un gran número de grabados. Demoramos dos días ya que tuvimos que pasar una noche en un rancho con el baqueano y yo fotografié y registré todo lo que pude. A eso lo incluí en mi tesis, que fue mi primer aporte dentro de los estudios de arte rupestre [ver Schobinger 1956].

Después de eso en realidad dejé por un tiempo la arqueología de Neuquén: aunque en cambio hice algunos viajes a la vecina zona de Malargüe, en dos casos en compañía de Gradín, y fue cuando registramos entre otros sitios, algunos totalmente iguales al llamado estilo de grecas del norte de la Patagonia [ver Schobinger y Gradín 1985].

R.B.: *Una vez defendida la tesis, ¿como surgió la posibilidad de trasladarse a vivir a la ciudad de Mendoza?*

J.S.: Comienzo esta respuesta con una reflexión política; la gente más joven lamentablemente en muchos casos fue influenciada por la demagogia peronista. Yo fui estudiante en la primera época de Perón y en 1951 estuve dos días detenido. Antes en la actividad estudiantil el 99% de los estudiantes eran antiperonistas, y no porque estemos en tal o cual política o partido. En mi caso esa detención fue extemporánea, rápidamente me largaron, pero el susto estuvo. En conclusión el régimen de Perón era una dictadura, lo que pasa es que él logró hacerse elegir por los votos. Entonces, ¿eso qué es? Teóricamente es una democracia, pero si uno critica al gobierno y te meten en cana, entonces...

Cuando ocurre la llamada Revolución Libertadora yo estaba volviendo de mi primer viaje de estudios en Europa. Al recibirme, pensé: “¿*Qué hago acá? Aquí no voy a conseguir nunca trabajo*”. Así fue que conseguí unos pesos que me prestó un abuelo, que en realidad tenía unos francos suizos, mis padres me apoyaron y mis flamantes suegros un poco también; de este modo pude viajar a Barcelona, asistir a un par de congresos que incluían visitas a cavernas paleolíticas y dar un par de conferencias sobre lo que en ese momento se sabía de la prehistoria argentina. Quise darme ese “lujo”, pensando que a la vuelta tendría que dedicarme a la cría de conejos de Angora...

En ese momento se evaluó que a nivel universitario claramente había habido muchas designaciones injustas o concursos políticamente arreglados y entonces se decide, en forma tal vez excesiva, llamar a concurso a todos los cargos. Lógicamente aquellos que ya estaban podían volver a presentarse a los concursos y muchos investigadores pudieron así volver a ocuparlos. En ese momento la cátedra de Arqueología aquí en Mendoza estaba vacante. Y para explicar esto me voy a remontar un poco a la historia de este instituto.

Aquí no hay una carrera de Antropología ni de Arqueología, sino que hay un instituto que fue fundado por Salvador Canals Frau, que era un etnólogo español de las islas Baleares, por lo que hablaba el castellano con un cierto acento catalán. Era un gran erudito que sabía mucho de etnología general y americana, había hecho trabajos de etnografía histórica y se había interesado aún antes de venir aquí por los Huarpes. Y él es uno de seis o siete contratados en el año 1940 por el Dr. Edmundo Correas, quien funda la universidad. Canals Frau vino a fin de crear un instituto que denominó de Etnografía Americana y que empieza con sus propias publicaciones [ver reseña histórica en Schobinger 1969-70]. Es él quien funda la revista hoy llamada *Anales de Arqueología y Etnografía* con un gran empuje, generando los primeros tomos en los años 1940, 1941 y 1942, que actualmente son rarezas bibliográficas. Luego llega la revolución del 4 de junio de 1943 y ahí ya empieza a haber cambios y empieza a venir gente de la famosa orientación nacionalista católica y en el año 1944 hay aquí un interventor. A pesar de todo esto Canals Frau se mantiene aquí contratado, hasta que a fines de 1946 se terminó su contrato que no fue renovado, por lo cual esta fue una forma elegante de echarlo. A principios de 1947 Canals Frau se muda a Buenos Aires; era la época de Perón pero él estaba fuera de la política y gracias a sus antecedentes logra obtener un cargo en el Instituto Étnico Nacional, que incluía el estudio de las poblaciones indígenas actuales.

Cuando llega la Revolución Libertadora a fines del año 1955 lo nombran a Alberto Mario Salas como decano de la Facultad de Filosofía y Letras, en Buenos Aires. El era un historiador aunque también estaba dedicado a ciertos temas de prehistoria y la época de la conquista, evaluando la relación de los españoles con los indígenas. Al respecto, hay un libro clásico de él que se llama “Las armas de la conquista”. Incluso él había hecho algún trabajo arqueológico en la quebrada de Humahuaca, así que conocía sobre estos temas. En este momento Salas lo nombra a Canals Frau director del Museo Etnográfico, donde permanece durante los dos años siguientes. Él es quien reanuda la revista *Runa*. En 1957 comienza a enfermarse de un cáncer y finalmente fallece en 1958, a los 64 años de edad.

R.B.: ¿Cómo seguía mientras tanto la historia del Instituto en Mendoza?

J.S.: Volviendo a Mendoza, cuando en 1947 no le renuevan el contrato a Canals Frau, obligándolo a irse de la Universidad Nacional de Cuyo, entramos en el “Período Húngaro”, asociado a un conjunto de personajes que llega aquí. Uno se llamaba Miguel de Ferdinandy, a quien no conocí porque cuando llegué él ya se había ido contratado a Puerto Rico. Este señor era un gran conocedor de la Europa Medieval y de folklore húngaro. Hay tres tomos de los *Anales*, los tomos VIII, IX y X, que corresponden a esa “época húngara”. Después llegó otra persona llamada Felix von Pogranyi-Nagy, que era un lingüista con pretensión un tanto enciclopédica a quien tampoco conocí. A raíz de su fallecimiento nombraron interinamente para la materia de Arqueología a un recién egresado como profesor de Historia llamado Ricardo Castañeda, que no tenía ningún antecedente en particular. Es en este momento cuando yo vine, un poco con la conciencia tranquila porque no le estaba sacando el puesto a nadie, ya que Castañeda quedó luego como Profesor Adjunto.

Yo también era recién egresado aunque tenía un par de elementos a mi favor, ya que en esa época había muy pocos doctorados. En ese sentido era un tanto insólito que apareciera aquí un tipo de 28 años, con una tesis “grande” que había sido aprobada con la nota máxima. Tenía la experiencia de un viaje de estudios de nueve meses en Europa, y varias publicaciones en prensa. Afortunadamente el jurado elegido para el concurso fue imparcial. Estaba compuesto por Márquez Miranda que era un arqueólogo bien de esa época, inclusive algunos decían que “como arqueólogo era un buen escritor”. Casualmente yo lo había conocido previamente al hacer las prácticas pedagógicas de la carrera de Historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires, por suerte con un tema de Antiguo Oriente, que es otra de mis aficiones. Márquez Miranda ya había sido echado de La Plata, aunque un poco por milagro conservó esas horas en el Colegio Nacional. Luego en 1955 él también fue repuesto con grandes honores en el Museo de La Plata. Y a partir de aquí fue que empezaron sus problemas con Rex González, en torno a los debates entre la vieja y la nueva escuela de trabajo, en la cual este último representaba lo nuevo.

Antes de saber el resultado del concurso para profesor, el decano-interventor se comunica conmigo y me dice: “*ya está por comenzar el curso de arqueología, así que lo invito a venir y empezarlo, ya que necesitamos alguien que dicte la materia*”. Estábamos con mi recién casada señora, con quien hicimos las valijas e inmediatamente nos vinimos para Mendoza. Los primeros años aquí me dediqué a la docencia y a la edición de los *Anales*. Esta última fue una tarea muy importante porque desde que se va de Ferdinandy, en 1950, pasan cinco años en los cuales no se publica nada, lo que implicaba un importante perjuicio para el canje de publicaciones de la biblioteca. En forma previa a mi llegada sólo se publica un único volumen posterior a la época húngara, que fue editado por Castañeda, en donde se retoman los temas americanos. Allí salen publicados algunos trabajos que él mismo pidió a ciertos autores, en particular a Rex González, que mandó un artículo donde por primera vez plantea la división entre Ciénaga y Aguada, y también a Antonio Serrano, un arqueólogo de una generación anterior. Quien también envía un trabajo es el ingeniero y coronel Aníbal Montes, que era un arqueólogo aficionado y había hecho unos trabajos muy interesantes sobre la pampa de Olaen, en Córdoba.

Al estar aquí pude conseguir apoyo del decano para retomar esta publicación a la cual empecé a dedicarme a partir del tomo XII en forma bastante completa, porque ese trabajo realmente lleva mucho tiempo. Esto también me quitó tiempo para hacer grandes proyectos de excavaciones arqueológicas.

R.B.: *Llegado a este punto nos aproximamos al momento en que desarrolla sus primeros trabajos de arqueología de alta montaña³ ¿Cómo surge esta línea de trabajo?*

J.S.: Bueno, yo diría que además de los estudios de campo en la región cuyana para el registro de sitios particularmente con arte rupestre y el estudio de colecciones, mis aportes más interesantes

³ Entre otros trabajos ver Schobinger (1966, 1999, 2001, 2001-2003), Schobinger y Ceruti (2001).

son los de arqueología de alta montaña, que surgieron en forma completamente inesperada. En el año 1963 se acerca a mi don Erico Groch, un gran andinista de San Juan, petiso y morrudo. Con él hicimos las primeras expediciones al Negro Overo del Famatina hasta que al año siguiente, este hombre con otro andinista llamado Antonio Beorchia encuentran la momia del Cerro El Toro en el noroeste de San Juan, que es la segunda momia conocida y estudiada después de la del Cerro El Plomo, en Chile. Después de la expedición de rescate al Cerro El Toro hicimos otras expediciones a la cordillera cada dos años con Erico Groch y otra gente, como Don Bernardo Rázquin, otro gran andinista y colaborador. En conjunto hicimos como unas siete expediciones a tambos incaicos y otros tipos de sitios, muchos de los cuales han quedado inéditos. Yo había dejado estos trabajos hasta que surgió lo del Aconcagua, lo que implicó no solo ir al sitio de 5300 metros sino también recuperar la momia con sus estatuillas, cuyo hallazgo fue una sorpresa, y sus numerosos textiles, que fueron muy bien estudiados por Clara Abal, que es tal vez la más dilecta de mis ex alumnas. Desde un punto de vista arqueológico mis trabajos más originales son los de arqueología de alta montaña. Creo que esto compensa un poco el no haber hecho cincuenta años de excavaciones en un sitio, como Lagiglia con el Rincón del Atuel! Lo cual sin duda es algo muy meritorio pero no estaba en mi temperamento. Yo estoy muy agradecido tanto a los andinistas como a quienes colaboraron en las investigaciones. Afortunadamente, en esa difícil especialidad he tenido una brillante seguidora, la Dra. María Constanza Ceruti.



Figura 5. Dos expedicionarios preparan el fardo funerario de la momia del Cerro Aconcagua para su ulterior descenso (29 de enero de 1985 [J.S. a la derecha]).

R.B.: *¿Usted ya era andinista o se hizo?*

J.S.: No, ¡me llevaron de las orejas! Bueno no, en realidad me llevaron empujándome. Cuando surgió lo de Famatina fui acompañado con los andinistas, subiendo muy lentamente. En esos primeros trabajos yo tenía 35 o 36 años, por lo cual podía hacer esto lentamente. Realmente fue más duro cuando fuimos al Aconcagua, ya que yo tenía 56 años, pero también pudo hacerse ascendiendo lentamente. Sí recuerdo que en el último tramo pedí que me lleven la mochila.

Algo particularmente importante en este tema fue haber podido publicar exhaustivamente todos estos estudios, incluso otra momia que había sido encontrada hace 80 años en el Nevado de Chuscha, en el sur de Salta.

R.B.: *Cambiando de tema, ¿Cuál es su visión de la arqueología argentina reciente? ¿En qué aspectos se ha progresado y en qué aspectos considera que estamos en deuda?*

J.S.: No sé. He tratado de seguir yendo a los congresos, y veo que son cada vez más grandes y que hay un montón de gente que está en miles de detalles, y en ese sentido indudablemente se ha progresado. Al respecto, sin dudas el haber creado el CONICET fue fundamental. A veces me pregunto, *¿cómo hacía esa gente para hacer algo antes de que exista el CONICET?* Tienen realmente un enorme mérito y pienso por ejemplo en Francisco de Aparicio, que iba a un lugar, luego a otro, haciendo sus minuciosos estudios. El mismo Menghin realiza sus primeros viajes a la Patagonia antes de la fundación del CONICET, que es en 1958. Hay una anécdota famosa de Bernardo Houssay cuando era decano de la Facultad de Medicina. Cuando alguien se acercaba a plantear su interés por dedicarse a la investigación él le advertía: *“Mire, va a poder hacerlo si tiene medios propios, sino aquí no se puede”*. Y en esto era sincero.

R.B.: *Luego él fue fundador de CONICET, ¿verdad?*

J.S.: Exactamente. A partir de su experiencia el planteó que el Estado tenía que organizar una actividad seria que fomenta la investigación. Y así se organizaron las becas, los subsidios y la Carrera del Investigador, que es algo bastante original de nuestro país. En otros lugares del mundo, como Francia y España, la carrera del investigador está asociada a las cátedras universitarias. En mi caso personal nunca entré a la carrera de CONICET, aunque estuve en comisiones, algo así como unos ocho años en la Comisión Asesora de Ciencias Antropológicas e Históricas [entre 1969 y 1977].

R.B.: *¿Por qué motivo no ingresó en la Carrera de Investigador?*

J.S.: Porque tuve la gran suerte de que en las doradas épocas del Presidente Frondizi se instituyó la posibilidad de la dedicación exclusiva en las universidades. Aquí en Mendoza también surgió esa posibilidad y yo fui uno de los primeros cinco o seis profesores a los que se les concedió dicha dedicación. Recuerdo que todo el mundo despotricaba contra Frondizi por una razón u otra, aunque recién ahora uno se da cuenta de que era un gran presidente. Su mayor error quizás fue que intentó quedar bien con todos. En ese momento yo tenía un sueldo que me permitía mantenerme sin necesidad de dar clases en instituciones secundarias, que es algo que comencé haciendo en los primeros tiempos aquí en Mendoza. En algún momento pude haber pensado la posibilidad del CONICET, aunque en realidad yo me defino más como un profesor, un divulgador, autor de libros. No formo parte de ese proceso de una especialización creciente que ha ido tomando forma a través del CONICET. De esta forma creo que he tenido una mayor libertad en mi trabajo, podía escribir un artículo sobre la arqueología del Líbano sin que me salieran diciendo *“¡pero eso no forma parte de su plan de trabajo!”*. Un poco por todo esto yo he sido más bien conocido como profesor, autor de artículos, libros y reseñas bibliográficas (y de editor de una importante revista) que como generador de esos grandes proyectos de investigación que duran años y años. Recuerdo inclusive que en los años 80 dediqué mucho tiempo y energías a criticar a autores que estaban de moda, como Jacques de Mahieu y Erich von Däniken.

R.B.: *¿En qué está trabajando actualmente?*

J.S.: Quisiera volver al arte rupestre, para cuya interpretación como ya lo dije he estado estudiando el chamanismo [volcado en un capítulo de un libro publicado en 1997]. También quisiera aportar algo a la Historia de las Religiones, tanto precolombinas como del Cercano Oriente, y a esa “Filosofía Antropológica” de la que hablamos antes. Pero siempre quedan cosas sin terminar, eso es lo que pasa. Aunque viviéramos más de cien años, siempre quedaría algo por hacer.

R.B.: *Creo que en el fondo quizás eso es algo positivo, porque significa que uno sigue haciendo cosas siempre, ¿no?*

J.S.: Yo estoy con esa especie de obsesión de ver que muchos libros quedan sin leer, muchos proyectos quedan truchos. Estoy tratando de ordenar mis cosas para que más adelante la gente pueda utilizarlas. Al lado de otros yo no tengo mucha capacidad de trabajo. Sin embargo, uno se pregunta, ¿no será que uno quiere hacer demasiadas cosas? Probablemente el error sea ése; aunque las cosas para hacer vienen y se acumulan. Los sitios de alta montaña “me vinieron” y yo no podía decir que no. Aquí entran en juego muchos factores, entre ellos los personales, procesos que no tienen que ver en forma directa con la arqueología, inclusive temas sociales y políticos. Además, tal vez haya que aceptar que hay una especie de destino, no ciego, pero sí que lo va llevando a uno; entonces no hay que cerrar los ojos y hay que seguirlo. Esto implica aportar en donde uno puede realmente aportar algo. Como ingeniero yo sería un desastre, no podría aportar nada, pero en lo cultural mal que mal algo he aportado. En ese sentido entonces, en el caso mío, yo tengo que estar agradecido a la Universidad de Cuyo, ya que siendo casi un don nadie me acogió y pude hacer mi carrera acá. Además el estar a unos 1000 km de Buenos Aires-La Plata me permitió un poco estar alejado de algunos problemitas que con el tiempo han ido surgiendo...

R.B.: *Mi última pregunta es si se le ocurre algún consejo que pueda dar a un estudiante o a un arqueólogo joven.*

J.S.: En realidad es el que acabo de dar; si uno percibe que tiene un impulso hacia algo positivo en lo que puede aportar, hay que seguirlo. Y ser ambicioso, pero a la vez generoso.



Figura 6. Fernando Pierobon -uno de los descubridores de la momia del Aconcagua- y J.S. durante una exploración en la quebrada de Horcones (al fondo se observa el Cerro Aconcagua [1992]).

BIBLIOGRAFÍA

Anónimo

1996-1998. Entrevista al Dr. Clive Gamble. La Plata, 1993. *Palimpsesto. Revista de Arqueología* 5: 255-259.

Bianciotti, Alicia

2005. Alberto Rex González: La imagen y el espejo. *Arqueología Suramericana* 1 (2): 155-184.

Bradley, Richard

1993. An Interview with Colin Renfrew. *Current Anthropology* 34 (1): 71-82.

Borrero, Luis A.

1995. Historia reciente de la arqueología patagónica. *Runa* 22: 151-176.

Buchbinder, Pablo

1997. *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba.

2005. *Historia de las Universidades Argentinas*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Farro, Máximo; Irina Podgorny y M. Dolores Tobías

1999. Notas para un ensayo sobre la recepción de la “Nueva Arqueología” en la Argentina. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 3: 221-234.

Fernández, Jorge

1982. Historia de la arqueología argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 34/35.

González, Alberto Rex

1985. Cincuenta Años de Arqueología del Noroeste Argentino (1930-1980): Apuntes de un Casi Testigo y Algo de Protagonista. *American Antiquity* 50 (3): 505-517.

Kohl, Philip L. y José A. Pérez Gollán

2002. Religion, Politics, and Prehistory. Reassessing the Lingering Legacy of Oswald Menghin. *Current Anthropology* 43 (4): 561-586.

Lagiglia, Humberto A. L.

2004-2005. Juan Santiago René Schobinger. Arqueólogo. *Anales de Arqueología y Etnología* 59-60: 7-27.

Nastri, Javier

2005. Guillermo Madrazo: “No se puede perder de vista la explotación”. *Andes* 16: 16pp.

O’Brien, Michael J.; R. Lee Lyman y Michael B. Schiffer

2006. *Archaeology as a Process. Processualism and its Progeny*. Salt Lake City, The University of Utah Press.

Perazzi, Pablo

2003. *Hermenéutica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Podestá, M. Mercedes

2007. 70 años en la vida de la Sociedad Argentina de Antropología. *Relaciones* XXXII: 9-32.

Podgorny, Irina

2004. “Tocar para creer”. La Arqueología en la Argentina. 1910-1940. *Anales del Museo de América* 12: 147-182.

- Politis, Gustavo G.
2003. The Theoretical Landscape and the Methodological Development of Archaeology in Latin America. *American Antiquity* 68 (2): 245-272.
- Renfrew, Colin
1987. An Interview with Lewis Binford. *Current Anthropology* 28 (5): 683-694.
- Scheinsohn, Vivian
1998-1999. Jean Clottes: “El arte rupestre es un mensaje dejado por la gente del pasado”. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 18: 477-480.
2007-2008. Como seguir problemas: entrevista a Lewis Binford. *Novedades en Antropología* 16 (58): 12-14.
- Scheinsohn, Vivian y Victoria Horwitz
1995. Del procesualismo al post-procesualismo: el largo viaje de Ian Hodder. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 16: 401-405.
- Schobinger, Juan S.
1954. Arqueología del territorio del Neuquén. Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
1956. El arte rupestre de la provincia del Neuquén. *Anales de Arqueología y Etnología* XII: 115-227.
1958-1959. Significación del profesor Dr. Osvaldo F. A. Menghin para el conocimiento de la prehistoria sudamericana. *Anales de Arqueología y Etnología* XIV-XV: 11-18.
1959. Viaje arqueológico por la provincia de Neuquén. *Anales de Parques Nacionales* VIII: 145-164.
1966. La “momia” del Cerro El Toro. *Anales de Arqueología y Etnología* XXI (Suplemento).
1969. *Prehistoria de Suramérica*. Barcelona, Nueva Colección Labor.
1969-1970. El Instituto de Arqueología y Etnología. XXX Aniversario (1940-1970). *Anales de Arqueología y Etnología* XXIV-XXV: 255-271.
1972-1973. Osvaldo F. A. Menghin, 1888-1973. *Anales de Arqueología y Etnología* XXVII-XXVIII: 229-233.
1976. Pedro Bosch-Gimpera y Osvaldo Menghin, o la búsqueda de un Humanismo Antropológico. En: *Semblanzas sobre P. Bosch-Gimpera*, pp. 95-98. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad nacional Autónoma de México.
1988. *Prehistoria de Sudamérica. Culturas precerámicas*. Madrid, Alianza Editorial (2da Edición).
1997. El arte rupestre surandino como expresión de ideas y prácticas shamánicas o iniciáticas. En: *Shamanismo Sudamericano*. Compilado por: Juan Schobinger. Buenos Aires, Editorial Almagesto – Continente.
1999. Los santuarios de altura incaicos y el Aconcagua: aspectos generales e interpretativos. *Relaciones* XXIV: 7-27.
2001 (compilador). *El santuario incaico del Cerro Aconcagua*. Mendoza, Ediciones de la Universidad Nacional de Cuyo.
2001-2003 (compilador). El santuario incaico del nevado del Chuscha (zona limítrofe Salta-Catamarca). *Anales de Arqueología y Etnología* 56-58.
- Schobinger, Juan y M. Costanza Ceruti
2001. Arqueología de alta montaña en los Andes argentinos. En: *Historia Prehispánica Argentina. Tomo II*. Editado por: Eduardo E. Berberían y Axel E. Nielsen, pp. 523-559. Córdoba, Editorial Brujas.
- Schobinger, Juan y Carlos J. Gradín
1985. *Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos. Arte rupestre de la Argentina*. Madrid, Ediciones Encuentro.
- Vázquez, J. Adolfo
2003. *Ensayos humanistas*. Mendoza, Edición del autor.
- Visacovsky, Sergio; Rosana Guber y Estela Gurevich
1997. Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. *Redes* IV (10): 213-257.

